

Juan Diez*

ALGUNOS DESAFÍOS DE LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE AUTONOMÍA EN EL MOVIMIENTO ZAPATISTA

EL MOVIMIENTO ZAPATISTA no sólo puso la cuestión de la autonomía en el centro del debate político, particularmente en relación con los pueblos indios, sino que la misma fue constituyéndose en la piedra angular de su proyecto político y de su propia dinámica. Pero el tema no se redujo a los procesos autonómicos indígenas, sino que se enmarcaron en una discusión más amplia sobre la autonomía respecto del Estado y de los partidos políticos y sobre la autonomía en general.

En el marco de este trabajo, se entiende por proceso autonómico a aquel que apunta a la construcción de un colectivo que se rige de acuerdo a decisiones, reglas y formas de funcionamiento definidas por y para el mismo colectivo (Adamovsky, 2009). Dicha construcción requiere de procesos y arreglos que puedan revisarse y ponerse en cuestión constantemente en vistas de ir transformando toda relación de dependencia y subordinación que limite y condicione las propias acciones. Como se busca plantear en este texto, la construcción de autonomía no significa ausencia total de relaciones con otros. No se

* Licenciado en Ciencia Política (UBA) y Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM). Docente de "Política Latinoamericana" e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA). Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO Anticapitalismos y sociabilidades emergentes. Correo electrónico: <juancho.diez@gmail.com>.

trata de evitar o eliminar los vínculos con los demás –por otro lado, imposible ya que somos seres sociales–, sino establecer otros que tiendan a no (re)producir las relaciones de poder y subordinación.

Planteada en estos términos, resulta asimismo provechoso aproximarse a la cuestión a partir del análisis del movimiento zapatista y no sólo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La propia dinámica del proceso de construcción del EZLN llevó a entrelazarse, durante los primeros años, con una serie de redes y procesos en las comunidades indígenas en Chiapas y, luego del alzamiento de 1994, con un amplio grupo de organizaciones políticas y sociales, intelectuales y personas que se sintieron interpelados por el EZLN. Es de la intersección e interacción de estos tres grupos –EZLN, comunidades indígenas y otros actores sociopolíticos mexicanos¹– que se fue conformando el movimiento zapatista como una red política en movimiento (Leyva, 1999; Leyva y Sonnleitner, 2000)², donde converge una multiplicidad de actores, con diferentes compromisos, márgenes de autonomía y participaciones. El EZLN ocupa una posición central por ser el núcleo detonador, y por la relevancia de sus iniciativas y discursos; pero el movimiento en su conjunto lo desborda. A su vez, al entrar en contacto con las diversas organizaciones, colectivos y personas, con sus luchas y demandas particulares, las iniciativas y discursos zapatistas son interpretados y resignificados, transformándolos y enriqueciéndolos (Bellinghausen, 2005). De ahí que no se pueda considerar al movimiento zapatista como un bloque homogéneo y monolítico, ni siquiera al interior de los grupos que lo conforman, sino como una articulación compleja, con tensiones y contradicciones, en constante movimiento y reconfiguración; siendo justamente este elemento dinámico uno de los sellos distintivos del zapatismo.

La opción por abordar al movimiento zapatista en su conjunto, y no sólo al EZLN, pretende evitar caer en análisis –por cierto, bastante frecuentes– que se reducen a repetir lo que la organización dice de sí misma (De la Rosa, 2006). Buena parte de los estudios sobre el zapatismo se centran en el EZLN y, sobre todo, en su producción discursiva y en las declaraciones de su principal portavoz, el Subcomandante Marcos, dejando de lado una multiplicidad de otros actores, dimen-

1 En el presente trabajo, nos focalizamos en lo que Rovira (2005) denomina el zapatismo civil ampliado mexicano, dejando de lado las redes de solidaridad internacional y los actores transnacionales. Para el estudio de la dimensión transnacional del movimiento zapatista, véase Rovira (2009).

2 Otros autores que manejan nociones similares para entender al movimiento zapatista son: Le Bot (1997), Rovira (2005), de la Rosa (2006) y Martínez Espinoza (2007). Para un análisis más detallado de la conformación y la dinámica interna del movimiento zapatista, véase Diez (2011).

siones, prácticas y acciones políticas que permiten comprender más adecuadamente toda la riqueza y complejidad del zapatismo.

En particular, en lo que hace a las reflexiones de este trabajo, pensar los procesos de construcción de autonomía a partir del movimiento zapatista permite poner el acento en la necesaria articulación e interacción de dichos procesos, no verlos como fenómenos aislados. Se abre, así, la posibilidad de poner en perspectiva los diferentes procesos y de que se enriquezcan y potencien recíprocamente. Pero, al mismo tiempo, también posibilita ver los márgenes de autonomía entre los diferentes grupos que conforman el movimiento.

El presente texto no pretende realizar un análisis detallado de los procesos de construcción de autonomía, sino presentar algunas reflexiones a partir de la lectura de libros, artículos y textos escritos por el propio EZLN³, analistas políticos, académicos y militantes sobre el movimiento zapatista, así como del trabajo de campo –entrevistas y observación participante– que realicé en México durante el mes de septiembre de 2007.

LOS PROCESOS AUTONÓMICOS EN LAS COMUNIDADES ZAPATISTAS

Tal como lo señalan varios analistas, la cuestión de la autonomía indígena no estaba tematizada en los primeros documentos zapatistas ni se encontraba entre sus demandas al momento del alzamiento de 1994 (Leyva y Sonnleitner, 2000; Hernández, Mattiace y Rus, 2002; Van der Haar, 2005). Pese a que desde un principio el EZLN expuso las condiciones de marginación, pobreza y discriminación que vivían los pueblos indios en México, fue con el paso de los meses que los zapatistas fueron planteando más claramente demandas indígenas y precisando su proyecto autonómico. Sin embargo, estos cambios no deben verse como un simple producto del oportunismo político o “la ductilidad de Marcos para modificar la imagen del EZLN” (Pitarch, 1998: 8). Habría que tener en cuenta dos elementos. Por un lado, el poco énfasis en las demandas indígenas estuvo dado por la decisión tomada por las propias comunidades zapatistas, en las discusiones previas al alzamiento, donde delinearón el horizonte del movimiento al plantear que había que darle un carácter nacional a la lucha para evitar que se circunscribiera el conflicto a una cuestión local o étnica. Y, por otro lado, la propia dinámica del movimiento zapatista, al entrar en contacto con otros actores y redes, hace que ciertos temas adquieran mayor relevancia, se redefinan y vayan transformándose y transformando, a su vez, al movimiento mismo.

3 Todos los documentos del EZLN citados y consultados para la elaboración de este trabajo se encuentran disponibles en <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx>>.

Antes de abordar el proceso autonómico en las comunidades zapatistas, convendría hacer algunas aclaraciones o precisiones. Primero, las autonomías indígenas no son modelos establecidos, sino que las distintas propuestas y sus experiencias concretas se han nutrido de múltiples antecedentes históricos, al tiempo que han ido constituyéndose y modificándose a lo largo de los años. Entonces, más que hablar de autonomía, conviene referirse al proceso de construcción de autonomía o proceso autonómico, enfatizando su carácter dinámico. A su vez, las diferencias regionales, étnicas, culturales, históricas, políticas, religiosas y organizativas que existen entre las varias experiencias habilitan a pensar en procesos autonómicos, en plural, resaltando que, al igual que el propio movimiento zapatista, no se trata de un bloque homogéneo.

En el escenario abierto por el levantamiento zapatista, las propuestas autonómicas se expresaron a través de múltiples formas y actores. Las prácticas autonómicas en muchos casos no han sido acciones concertadas, sino expresiones de resistencia que encuentran en el discurso autonómico un campo en el cual articular sus demandas. Un primer momento de emergencia de dichas experiencias se da el 12 de octubre de 1994 cuando el Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC) de Chiapas llamó a la conformación de Regiones Autónomas Pluriétnicas. En algunos casos se trató simplemente del desconocimiento del triunfo electoral del candidato oficial y la constitución de nuevos Consejos Municipales, en otros casos se utilizó como estrategia para reclamar al Estado la creación de nuevos municipios e, incluso, en algunos otros municipios, fue reapropiado por actores gubernamentales para utilizarlo en contra de los procesos autonómicos (Burguete, 2002). En ese contexto, en diciembre de 1994, el EZLN rompió el cerco militar y constituyó 38 municipios en rebeldía, que unos años más tarde pasaron a llamarse Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ). Así, los procesos autonómicos dan cabida a una amplia gama de actores y proyectos con diversas ideas y perspectivas sobre lo que debe entenderse por autonomía, dando lugar, a su vez, a tensiones y disputas entre los diferentes grupos⁴.

En segundo lugar, es importante señalar que, más que una pervivencia o vuelta al pasado, los procesos autonómicos muestran más bien la creación de nuevas sociabilidades e instituciones, que combinan elementos “tradicionales” y “modernos”, que van desde las largas discusiones en asambleas comunitarias para la construcción de consensos hasta la puesta en cuestión de la exclusión de las mujeres

4 Por mencionar sólo un ejemplo, ha habido tensiones entre las propuestas autonómicas de la Asociación Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA) y el movimiento zapatista (Díaz-Polanco, 1997).

en dichas asambleas (Hernández, Mattiace y Rus, 2002). Se sigue así una dinámica que el antropólogo Bonfil Batalla (1987) señalaba en su ya clásico texto sobre el México profundo: los pueblos indígenas crean y recrean constantemente su cultura, reflejando una particular dinámica de tensiones y resignificaciones, de continuidades y rupturas, donde al mismo tiempo que refuerzan sus ámbitos propios, van haciendo suyos elementos culturales ajenos⁵. Esta dimensión innovadora y creativa tiende a ser borrada tanto por los sectores conservadores que plantean el rechazo y la superación de las prácticas indígenas por considerarlas arcaicas y contrarias a la modernidad, como por quienes idealizan dichas prácticas viéndolas como huellas inalteradas de las culturas indígenas e inherentemente democráticas. La propia experiencia zapatista muestra, por el contrario, que las prácticas autonómicas y democráticas son una construcción constante, el producto de luchas, aprendizajes y permanentes revisiones y reinenciones.

El proyecto autonómico zapatista fue precisándose sobre todo a partir de las mesas de diálogo y negociación en el poblado de San Andrés Sakamch'en de los Pobres⁶. Este proceso no sólo fue importante porque concluyó con la firma de un acuerdo entre el EZLN y el gobierno tendiente a establecer una nueva relación entre el Estado y los pueblos indígenas (Díaz-Polanco, 1997). Sino porque, en lugar de discutir su proyecto particular, los zapatistas convocaron a participar de los debates a dirigentes indígenas, académicos e intelectuales que representaban una diversidad de planteamientos de enorme riqueza sobre el tema. De este modo, las negociaciones lograron involucrar a distintos sectores de la sociedad y del gobierno, colocando la cuestión de los derechos, la cultura indígena y los procesos autonómicos en el centro de la escena nacional (Hernández Navarro, 1998; Díaz-Polanco, 1997). Pero dicho proceso no se detuvo ahí. Pese al incumplimiento por parte del gobierno, la iniciativa de ley elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA)⁷ a partir de los Acuerdos de San Andrés fue debatida por pueblos indios, intelectuales, legisladores, juristas, antropólogos, analistas, organizaciones sociales y exper-

5 La conformación misma del EZLN y sus bases de apoyo expresan estos encuentros y desencuentros entre distintos actores, ideologías, luchas y procesos organizativos: la teología de la liberación de las comunidades eclesíásticas, las luchas agrarias, las cosmovisiones indígenas, los movimientos estudiantiles y el marxismo leninismo se fueron entrecruzando, dando como resultado algo distinto a cada una de esas luchas e ideologías (Hernández Navarro, 2000; Harvey, 2000; Nash, 2006).

6 San Andrés Larrainzar, según la denominación oficial.

7 La COCOPA se conformó en marzo de 1995 por miembros de los diferentes partidos con representación en el Congreso en el marco de la Ley para el Diálogo, la Negociación y la Paz Digna en Chiapas.

tos en asuntos indígenas de varios países. Durante cuatro años, los zapatistas, junto al Congreso Nacional Indígena (CNI) y otras organizaciones populares y personas tanto de México como de otras partes del mundo, lograron trabajosamente construir una fuerte legitimidad para las luchas indígenas por la autonomía.

Este ciclo se buscó cerrar con la Marcha por la Dignidad Indígena, a principio de 2001, para reclamar al Congreso una reforma constitucional en materia indígena que diera cumplimiento a la propuesta de la COCOPA. La iniciativa zapatista se inscribió en el marco de oportunidad política que pareció abrirse con la derrota histórica del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones presidenciales, después de detentar el poder durante 71 años, a manos del candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox. La marcha fue el punto máximo del ciclo por el reconocimiento legal de los derechos y cultura indígenas. Y, al mismo tiempo, significó un punto de inflexión para el movimiento zapatista (Diez, 2009a).

A pesar del gran proceso de movilización y apoyos que suscitó la marcha, la reforma constitucional aprobada por el Congreso a fines de abril de ese año fue contraria a los Acuerdos de San Andrés y al proyecto de la COCOPA, que contaba con un amplio consenso no sólo entre los zapatistas, sino también en otros sectores de la sociedad. Incluso, en varios aspectos significativos, resultó un claro retroceso de lo que existía previamente en la Constitución y en legislaciones locales, permitiendo hablar más bien de una contrarreforma indígena (Ceceña, 2001)⁸.

Tras la sanción de la reforma constitucional, se dio inicio a un proceso interno de reestructuración y fortalecimiento de las comunidades indígenas, los cuadros políticos y militares del movimiento zapatista en Chiapas, al tiempo que se realizó una consulta entre esas mismas bases sobre el camino a seguir. Como resultado, en agosto de 2003, se anunció la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen

8 Mientras que el proyecto de ley de la COCOPA establecía que las comunidades indígenas eran *entidades de derecho público*, la nueva ley dice que son *entidades de interés público*, es decir, no como sujetos de derecho, sino como objetos de atención y protección por parte del Estado. Otra de las diferencias de la reforma es que omite la referencia a *territorio* y habla en cambio de *lugares*, despojando así a los pueblos indios del espacio físico y material para el ejercicio de la autonomía y privando el acceso de manera colectiva a los recursos naturales. Dicho acceso queda limitado por las formas y modalidades de propiedad y tenencia de la tierra ya establecidas en la Constitución y por los derechos ya adquiridos por terceros. Asimismo, en el texto aprobado se impide la posibilidad de asociarse regionalmente, pudiendo abarcar varios pueblos como lo preveía la propuesta de la COCOPA, se omite la posibilidad de remunicipalización de los territorios en los que están asentados los pueblos indios para que puedan reconstituirse como tales, y se limita el establecimiento de circunscripciones electorales indígenas, sólo para cuando sea factible tomar en cuenta a las comunidades.

Gobierno (JBG), dando un paso más en la construcción de autonomía *en los hechos*. Los Caracoles son las sedes de las Juntas de Buen Gobierno, creadas como nuevas instancias de coordinación regional y lugares de encuentro de las comunidades zapatistas y las organizaciones populares, colectivos y personas del resto de México y del mundo. Sobre la base de los MAREZ se establecieron cinco regiones que están coordinadas por sendas Juntas de Buen Gobierno: ‘Hacia la Esperanza’ en el Caracol Madre de los Corazones del Mar de Nuestros Sueños, en La Realidad; ‘Corazón Céntrico de las y los zapatistas delante del Mundo’ con sede en el Caracol Resistencia y Rebeldía por la Humanidad, en Oventic; ‘Nueva Semilla que va a Producir’ en el Caracol que Habla para Todos, en Roberto Barrios; ‘Corazón del Arco Iris de la Esperanza’ en el Caracol Torbellino de Nuestras Palabras, en Morelia; y ‘El Camino Futuro’, cuya sede se encuentra en el Caracol Resistencia hacia un Nuevo Amanecer, en La Garrucha⁹.

Las JBG surgen del aprendizaje realizado a lo largo de los años e intentan superar algunos problemas que habían ido surgiendo en el proceso de construcción de las autonomías. En los años previos, se habían venido evidenciando diferencias entre las distintas comunidades indígenas zapatistas, especialmente en el contacto y apoyo de los diversos grupos y organizaciones nacionales e internacionales. El apoyo se había concentrado sobre todo en las comunidades y regiones de más fácil acceso (Ornelas, 2004). De ahí que una de las funciones principales de las JBG es establecer mejores espacios de coordinación entre las comunidades zapatistas y otras organizaciones para mejorar la distribución de los aportes y proyectos, tomando en cuenta las necesidades de cada municipio y estableciendo un plan más amplio.

Mientras que para algunos analistas las JBG supusieron una centralización de poderes y una consecuente pérdida de autonomía por parte de las comunidades (Estrada Saavedra, 2007), cabe subrayar que las JBG cumplen una tarea de coordinación y son las asambleas comunitarias las que discuten y finalmente aprueban o no las iniciativas. A su vez, al igual que los MAREZ, las Juntas son elegidas por dichas asambleas y están sujetas a mecanismos de vigilancia, como la posibilidad de revocación de los mandatos (Ornelas, 2004).

9 De esta manera, a partir de las nuevas instancias, se reorganizaron las estructuras políticas zapatistas, de manera tal que la construcción de autonomías abarca tres niveles: 1.111 comunidades indígenas, que se agrupan en 29 MAREZ, los cuales a su vez se coordinan a través de 5 JBG (Martínez Espinoza, 2007). El número de comunidades y municipios varía según las fuentes y los períodos. La situación de clandestinidad del EZLN, la guerra e, incluso, la propia dinámica del movimiento zapatista, hacen que dicha información sea difícil de precisar.

A su vez, con las JBG se introdujeron cambios tendientes a ampliar los beneficios de la autonomía a todos los miembros de la comunidad sin distinción de filiación política, a fin de intentar reducir las confrontaciones que se producen entre comunidades zapatistas y no zapatistas. Esta cuestión es sumamente compleja puesto que los municipios autónomos zapatistas no abarcan territorios continuos ni tienen delimitaciones claras, haciendo que en el mismo espacio geográfico operen municipios “oficiales” y “autónomos”. Esto da lugar a situaciones sumamente diversas: de gran tensión y enfrentamiento en algunos casos, pero también de convivencia y cooperación en otros (Van der Haar, 2005). La situación es realmente compleja ya que en algunos casos los conflictos no son entre comunidades, sino hacia dentro de una misma comunidad donde cohabitan zapatistas y no zapatistas, generalmente ex zapatistas. De esta manera, el proyecto autonómico busca ampliar sus alcances, no sólo para ganar mayor legitimidad, sino para ir construyendo acuerdos con otros pobladores y actores locales¹⁰ y extralocales que les permitan enfrentar las variadas estrategias gubernamentales –a través de la inversión en caminos e infraestructura, así como en subsidios, créditos y planes de vivienda– y el permanente accionar militar y paramilitar que justamente se orientan a generar y fomentar las polarizaciones inter e intracomunitarias. Así, el reto del proyecto autonómico es reconstruir el tejido social regional desgarrado por los largos años del conflicto y la acción contrainsurgente (Burguete, 2005).

Con todo, a través de estos esfuerzos, los zapatistas están procurando llevar a la práctica su proyecto democrático, cuyo pilar fundamental se encuentra en el principio de *mandar obedeciendo*. Tal concepto supone una dinámica sociocultural que trasciende los estrechos límites de la democracia representativa y electoral (Entrevista con Carlos Lenkersdorf, Ciudad de México, septiembre de 2007). No se trata simplemente de invertir las relaciones de representación, donde mande el pueblo y el gobierno obedezca. El proceso autonómico no se reduce entonces a los aspectos políticos, sino que busca transformar las relaciones en todas sus dimensiones. En ese sentido, junto a la construcción de formas de autogobierno, se ha avanzado en la impartición de justicia y en la creación de colectivos productivos, culturales, de salud y de educación propios que están permitiendo mejorar

10 Las relaciones y acuerdos entre los zapatistas y otras organizaciones chiapanecas se caracterizan generalmente por el respeto mutuo de sus autonomías, tratando de no entrometerse en los asuntos del otro. Estos acuerdos son posibles ya que en muchos casos los involucrados han compartido, en otros momentos, los mismos procesos organizativos o proyectos de lucha (Estrada Saavedra, 2007).

las condiciones de vida de las comunidades. De esta manera, no sólo representan una alternativa a las democracias electorales, ni tampoco se trata tan sólo de desplazar o sustituir al Estado, ya sea por la falta de presencia del mismo reflejada en la inexistencia de escuelas o centros de salud en varias zonas chiapanecas, o por la política zapatista de negarse a recibir ningún servicio o ayuda estatal (Burguete, 2005). Los procesos autonómicos son los que han permitido sobrevivir a las comunidades en condiciones de persecución y hostigamiento. Así, han logrado ir construyendo y constituyéndose en los soportes materiales para la resistencia; e, incluso, ir más allá de la pura resistencia, al transformarse en referentes político prácticos (Subcomandante Marcos; citado por Muñoz Ramírez, 2005). El desafío es construir, en las prácticas cotidianas, sociabilidades e instituciones de nuevo tipo. Prácticas y formas de funcionamiento que puedan problematizarse, controlarse, revisarse y modificarse, como lo muestra el propio proceso autonómico zapatista¹¹. Se trata de construir formas prefigurativas, prácticas que vayan transformando aquí y ahora las relaciones de dominación existentes y, por lo tanto, tiendan a no (re)producir relaciones sociales contrarias a las que dicen defender (Adamovsky, 2009).

De ahí que las JBG también plantean la necesaria superación de una de las mayores tensiones dentro del movimiento zapatista, al buscar la separación de la estructura militar del EZLN respecto de la toma de decisiones que les corresponde a las propias comunidades. Según disposiciones tomadas por los propios zapatistas, el EZLN no debe influir en las decisiones comunitarias y sólo puede participar en ellas como defensor frente a los posibles ataques. Esta disposición agrega una dimensión fundamental en la perspectiva de los procesos autonómicos: la autonomía de las decisiones tomadas por las asambleas comunitarias respecto del EZLN. De esta manera, se busca resolver la persistente tensión que viene del origen mismo del movimiento zapatista al constituir un ejército –es decir, una organización jerárquica, no democrática– cuyo objetivo principal es la democratización de las relaciones sociales. De todos modos, lo cierto es que, como los mismos zapatistas reconocen, “se dice fácil, pero en la práctica cuesta mucho” (EZLN, Sexta Declaración, 2005), ya que en los hechos la parte militar sigue todavía teniendo un rol importante en la toma de decisiones.

A las tensiones internas, es necesario señalar, que se suman dificultades dadas por las particulares condiciones en las que se desa-

11 Brancaleone (2009) resalta la discusión y reelaboración de los principios y leyes zapatistas, mencionando, por ejemplo, el proceso que estaban llevando adelante las comunidades en la zona del Caracol de La Garrucha, en 2008, para formular una ley de educación y un nuevo estatuto sobre la ocupación de tierras recuperadas en 1994.

rolla el proyecto político zapatista en Chiapas. De hecho, uno de los obstáculos externos más relevantes que enfrentan para la desaparición del EZLN como ejército es el contexto de militarización y hostigamiento hacia las comunidades que existe desde el alzamiento y que se ha recrudecido en el último tiempo, a partir de la política de guerra contra el narcotráfico lanzada por el gobierno de Calderón¹².

Esta situación muestra que la realización del proyecto zapatista depende de una multiplicidad de factores, que no todos están al alcance de los zapatistas. Díaz-Polanco sostiene que la importancia de las JBG radica “en que trasciende o puede trascender la particular realidad chiapaneca” (Díaz-Polanco, 2006:46). Visto de esta manera, el proceso autonómico zapatista bien puede verse no como un modelo a copiar, pero sí como un horizonte a construir pensando y recreando los procesos autonómicos en las condiciones concretas en las cuales se encuentran los distintos grupos, colectivos y personas. Para Díaz-Polanco, la creación de instancias autonómicas a nivel regional es la expresión más clara de que las autonomías no pueden concebirse como pequeñas entidades aisladas, sino que requieren articular y coordinar tales esfuerzos a través de un gran movimiento político, social y cultural para avanzar en la construcción de un proyecto democrático para cada vez más amplios sectores de la sociedad.

Por lo tanto, conviene analizar el proceso autonómico de las comunidades indígenas en el marco del proyecto más amplio del movimiento zapatista y en su necesaria articulación con otros grupos, organizaciones e iniciativas.

LA OTRA CAMPAÑA Y LOS DESAFÍOS DE OTRAS AUTONOMÍAS

Después de cuatro años sin iniciativas a nivel nacional, en junio de 2005, el EZLN lanzó la “Sexta Declaración” en la cual convocó a la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de la

12 Según un informe del Centro de Análisis Político e Investigaciones Sociales y Económicas (CAPISE), el gobierno de Calderón ha militarizado prácticamente todas las instituciones públicas en materia de justicia, entregando el control al Ejército Federal Mexicano (CAPISE, 2007). El retiro, desde 2005 hasta la fecha, de varias posiciones militares por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) en la zona norte, la Selva Lacandona y Los Altos de Chiapas ha significado, en realidad, el reemplazo de unidades militares convencionales por Grupos de Fuerzas Especiales, que permiten desplegar rápidamente unidades completas de combate. En paralelo al aumento de las incursiones militares y paramilitares, la actual estrategia de contra-insurgencia supone, asimismo, un incremento de las amenazas de desalojo forzoso, conflictos o directamente el despojo de tierras de bases de apoyo zapatistas a través de grupos civiles y/o paramilitares con la connivencia de instituciones agrarias que le dan legalidad. Incluso, en muchos casos, estas acciones se dan bajo el pretexto de conservación del medioambiente y creación de áreas protegidas.

sociedad mexicana en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución, más conocida como la *otra campaña*. Esta nueva iniciativa volvió a desatar encendidos debates sobre las estrategias y la autonomía respecto del Estado y del sistema político (Wallerstein, 2006; González Casanova, 2006).

La cuestión de la autonomía respecto del Estado y de los partidos políticos apareció antes –y mucho más claramente definida– en el discurso zapatista que la construcción de autonomía en las comunidades indígenas. Desde un primer momento, el EZLN planteó que su proyecto no estaba orientado a la toma del poder ni a la participación política en elecciones. Este tema, al igual que las experiencias autonómicas en las comunidades, también retomó luchas y debates previos.

Desde finales de la década del cincuenta y, especialmente, durante el sesenta, con las luchas ferrocarrileras y magisteriales se empezó a perfilar con fuerza la necesidad de conseguir la independencia de las organizaciones populares con respecto al Estado. Este planteamiento respondía a una singular configuración política que hunde sus raíces en el proceso revolucionario de 1910. Con la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR)¹³ y, sobre todo, bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, la gran mayoría de las organizaciones obreras, campesinas y populares quedaron integradas corporativamente a la estructura de control del partido de Estado. Se fue arraigando así una centralidad estatal en la constitución de lo social y de la cultura política (Zermeño, 2001). De ahí que la cuestión de la independencia se volviera decisiva. Fue tal vez el movimiento estudiantil de 1968 quien puso en primerísimo plano la cuestión de la independencia de las organizaciones populares. Sin embargo, a partir de la feroz represión contra dicho movimiento en Tlatelolco y de las persecuciones a otros grupos en distintas partes de México, los debates se desplazaron de la independencia a la construcción de formas de funcionamiento propias, gestadas desde los propios sectores populares sin intervención externa, es decir, se empezó a pensar en términos de autonomía (Hernández Navarro, 2005).

13 El partido fue creado en marzo de 1929 como una tentativa de Plutarco Elías Calles para tratar de canalizar institucionalmente los conflictos entre los caudillos y sus ejércitos surgidos durante las luchas revolucionarias. En 1938, durante el gobierno de Cárdenas, se reformó sobre la base de una estructura corporativa –sostenida sobre los pilares: obrero, campesino, militar, y al que luego se le sumó el sector popular– y tomó el nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Finalmente, y sin el pilar militar en su estructura, el partido pasó a denominarse Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1946; denominación que mantiene hasta el día de hoy.

Recuperando estos antecedentes, desde el momento mismo de su aparición pública y en forma paralela al levantamiento armado, el EZLN inició una guerra contra el Estado a fin de arrebatárle los símbolos que monopolizó durante años (Volpi, 2004). De esta manera, el enfrentamiento contra el Estado y el sistema político mexicanos fue uno de los elementos que dio lugar y forma a la emergencia del movimiento zapatista (Leyva y Sonnleitner, 2000). Para ello se valió de los formidables elementos simbólicos dentro del imaginario social así como de los lazos identitarios y memorias construidos a lo largo de la historia para tender puentes con otras organizaciones y personas dentro de México. Asimismo, la presencia de un Estado históricamente fuerte que funciona como principio unificador de la sociedad permite –en contrapartida– revueltas generalizadas y generalizables a partir de la oposición contra el adversario estatal compartido (Zermeño, 2001). Estos elementos han sido aprovechados muy hábilmente por los zapatistas y han sido recursos valiosísimos para que su lucha pudiera presentarse como una cuestión nacional y no sólo local, al tiempo que funcionó como catalizador de las luchas y los descontentos de muchos mexicanos críticos del partido de Estado.

Durante los primeros años, gran parte de la producción discursiva del movimiento zapatista se centró en la crítica contra el régimen de partido de Estado, advirtiendo que éste no sólo se limitaba a un férreo control sobre la arena política y al ejercicio autoritario del poder, sino que abarcaba toda una compleja trama de relaciones que a lo largo de los años había ido penetrando todas las dimensiones de la vida social. Como señalaba muy claramente el Subcomandante Marcos en un documento de 1995:

El sistema político mexicano tiene su fundamento histórico, su crisis presente y su mortal futuro, en esa deformación llamada “sistema de partido de Estado”. No se trata sólo de un maridaje entre el gobierno y el partido de Estado (el Partido Revolucionario Institucional), sino de todo un sistema de relaciones políticas, económicas y sociales que invaden, incluso, a las organizaciones políticas opositoras y a la llamada “sociedad civil”.

[...] cualquier intento de “reforma” o “equilibrio” de esta deformación es imposible *desde dentro del sistema de partido de Estado*. No hay “cambio sin ruptura”. Es necesario un cambio profundo, radical, de todas las relaciones sociales en el México de hoy. *Es necesaria una revolución*, una nueva revolución. Esta revolución sólo será posible desde fuera del sistema de partido de Estado (EZLN, “La historia de los espejos”, mayo de 1995; énfasis original).

De ahí que el proyecto político zapatista se orientara a un profundo cambio en la cultura política mexicana a través de nuevas subjetivida-

des y formas de hacer política. De cualquier manera, los zapatistas no parecieron seguir totalmente esta caracterización del particular contexto mexicano ni las consecuencias que se derivan de la misma. De hecho, no parecieron poder resistirse totalmente a esa “fuerte atracción hacia el vértice de la pirámide” que, según Zermeño (2001), caracteriza a la cultura política mexicana y desde un primer momento reclamaron a los Poderes Legislativo y Judicial “se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la Nación deponiendo al dictador [Salinas de Gortari]” (EZLN, “Declaración de la Selva Lacandona”, 1993), establecieron negociaciones con el gobierno en los Diálogos de la Catedral y los Acuerdos de San Andrés, y tuvieron acercamientos con partidos políticos, especialmente con el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Las iniciativas zapatistas buscaron tanto apelar a las instituciones para buscar una solución a sus demandas –como se desprende de la “Primera Declaración” y de la “Quinta Declaración”– como construir una alternativa *desde abajo*, en la sociedad –como convocaron en la “Segunda Declaración”, en la “Tercera Declaración” y en la “Cuarta Declaración”. A partir del desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena y, sobre todo, con la “Sexta Declaración” y la *otra campaña*, se pretendió resolver esa disyuntiva que se plateaba en las anteriores formulaciones de su proyecto político. La decisión recayó claramente en la segunda estrategia. La lucha zapatista ya no se orienta hacia el sistema político y las instituciones, sino que enfatiza la necesidad de pensar el cambio a nivel de las prácticas sociales y las subjetividades, con el fin de construir un proyecto alternativo entre las distintas personas, organizaciones y grupos que se encuentran resistiendo al capitalismo.

Pese al rechazo a la participación política en elecciones, esto no había impedido que se concibiera, durante los primeros años, una noción de autonomía que permitía establecer espacios de diálogo e iniciativas con partidos políticos, en particular con el PRD. En el marco de los Diálogos de la Catedral y, sobre todo, a partir de la Convención Nacional Democrática (CND) a mediados de 1994, se establecieron acuerdos entre el EZLN y el PRD, donde ambas fuerzas acordaron luchar, cada una en su espacio y respetando su autonomía, por la misma causa: la democratización de México¹⁴.

14 El PRD tenía, en ese entonces, varios puntos de contacto con el zapatismo, ya que se encontraba excluido del sistema y en fuerte confrontación con el régimen priísta (Pineda, 2005). Esa situación en buena medida se empezó a modificar con la reforma política de 1996 y los importantes triunfos electorales del PRD al año siguiente. Para un mayor análisis de los encuentros y desencuentros entre el EZLN y el PRD, véase Diez (2009b).

Sin embargo, la sanción de la reforma constitucional de 2001 – al ser aprobada con el voto de los tres principales partidos políticos (PRI, PAN y PRD), ratificada por los Congresos locales y, finalmente, ante la negativa a intervenir por parte del Poder Ejecutivo Federal y la Suprema Corte alegando que era un asunto que correspondía al Congreso en su calidad de Constituyente– fue interpretada por el movimiento zapatista como el cierre de la vía institucional y, por consiguiente, significó la ruptura con el sistema político en su conjunto. Según el filósofo Luis Villoro, la sanción de la reforma constitucional en 2001 abrió la posibilidad de plantear que si los pueblos indígenas no son sujetos de derechos, no forman parte de la comunidad política y, por consiguiente, tampoco forman parte de la democracia representativa (Participación en “El Otro Seminario”, Querétaro, 8 de septiembre de 2007). De ahí el nuevo énfasis a la posición zapatista de no darle importancia a las elecciones, a los partidos políticos y al gobierno que se ratificó con el lanzamiento de la “Sexta Declaración” y la *otra campaña*¹⁵.

Sin embargo, la nueva fase zapatista no dejó de generar fuertes polémicas. Con la contundencia de las denuncias hacia el PRD y su candidato presidencial, Andrés Manuel López Obrador, el movimiento zapatista polarizó la opinión de dirigentes, militantes e intelectuales de izquierda. Muchos que antes apoyaban y hasta militaban por el zapatismo, sintieron la presión de tener que escoger de qué lado se ubicaban y terminaron alejándose del movimiento. Sobre todo, porque en la percepción de muchos mexicanos, la lucha electoral de 2006 adquirió un atractivo inusitado en la política mexicana puesto que se constituyó como la disputa entre dos proyectos opuestos de país representados por las candidaturas de López Obrador y Calderón. En ese contexto, la propuesta zapatista ha dado lugar a múltiples críticas y polémicas, no ausentes de distorsiones (López y Rivas, 2006), generando la ruptura de algunos grupos adherentes a la *otra campaña* así como de buena parte de la intelectualidad.

15 Pese a las lecturas abstencionistas o antielectorales, lo que plantean los zapatistas a partir de la Sexta es que ya no van a proponer ni a promover negociaciones con la clase política o el apoyo a alguna candidatura (EZLN, “Reunión preparatoria con organizaciones políticas de izquierda”, 6 de agosto de 2005). No es un llamado a no votar, sino a que la tarea fundamental en este período es el encuentro y conocimiento de los distintos grupos, colectivos y personas que están luchando contra el capitalismo, entre quienes ir discutiendo, coordinando y articulando iniciativas. Por lo tanto, más que una posición antipolítica, como muchos le critican, el movimiento zapatista parecieran más bien buscar desafiar la noción dominante de política y otorgarle nuevos sentidos (Cf. Melucci, 1999; Álvarez, Dagnino y Escobar, 2000).

Una vez más, como en otros momentos de la historia del movimiento zapatista, se puso en evidencia que las diferencias de posición frente a las elecciones y el Estado son uno de los principales obstáculos para la articulación con otras organizaciones políticas, campesinas e indígenas mexicanas (Pérez Ruiz, 2006). Aunque esta situación no es privativa del movimiento zapatista. En México, las estrategias respecto del Estado y la participación en elecciones generalmente llevan a la ruptura de los procesos organizativos de los sectores populares (Zermeño, 2001).

Los participantes en la *otra campaña* reconocen que resulta difícil hacer entender por qué no seguir la estrategia de lucha a través del Estado y de las elecciones. Plantean que se trata de ir contra la corriente, contra un imaginario político bastante generalizado de “querer ver los cambios” (Entrevista colectiva con Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). De ahí que una buena cantidad de personas siga poniendo sus esperanzas en algún candidato o un partido que genere cambios más rápidos desde el Estado¹⁶, mientras que las transformaciones que propone el movimiento zapatista se ven como más lentas y a más largo plazo. En tal sentido, más allá de los debates y críticas que puedan hacerse, no puede dejar de tenerse en cuenta que una parte significativa de personas y organizaciones sigue viendo al Estado como un interlocutor privilegiado y un actor central dentro de las estrategias de cambio. Estas visiones se refuerzan aún más dentro de la cultura política fuertemente estatal y paternalista interiorizada profundamente en la mayoría de los mexicanos.

Quizás la solución resida en no trazar una línea divisoria totalmente rígida. En esa misma dirección, resultan pertinentes las palabras de Holloway cuando plantea:

La idea no es crear una nueva línea correcta. Precisamente, porque el movimiento es amplio y porque todos estamos confundidos (cualquiera sea nuestro grado de pureza ideológica), es importante discutir claramente. El hecho de que aquellos que canalizan sus luchas hacia el Estado coincidan con quienes rechazan el Estado como punto central de referencia no debería inhibirnos de expresar claramente que deberíamos estar conscientes de que hay una enorme tensión entre ambos enfoques y que éstos empujan hacia direcciones opuestas (Holloway, 2006: 26).

16 En esa misma línea, Montemayor (2005) sostiene que hay una insistencia social en seguir buscando predestinados, al hombre fuerte del sistema que solucione la vida de todos.

Precisamente, ese tipo de discusiones y tensiones es lo que se generó dentro del proceso de la *otra campaña*. La posición zapatista planteada en la “Sexta Declaración” frente a las elecciones y la clase política ha llevado hacia adentro de las organizaciones, y entre los distintos grupos y colectivos, a discutir las distintas estrategias así como las lógicas que subyacen a las mismas (Entrevista con *David*, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007). Estos debates resultan un crucial aporte para las luchas al tratar de ir problematizando y agudizando la comprensión de los procesos sociopolíticos actuales y sus perspectivas. La cuestión de las estrategias y del poder son un campo de confrontación extremadamente sensible, dada sus consecuencias políticas, en el que es preciso ir definiendo las posiciones y promoviendo la necesaria polémica.

Asimismo, la *otra campaña* ha puesto en evidencia las dificultades y tensiones que se generan con algunos elementos del discurso zapatista al momento de llevarlos a la práctica. Es interesante detenerse en la cuestión de la relación y autonomía entre el EZLN y los demás colectivos y personas que participan del proceso. Para algunos analistas, con la nueva iniciativa, existía el riesgo de que el EZLN terminara controlando demasiado el proceso, imponiéndoles –incluso involuntariamente– sus propias concepciones y tiempos a los otros grupos y organizaciones. Más, cuando ya varias de las iniciativas zapatistas, tendientes a constituir una fuerza social autónoma en el pasado, dependieron en demasía de su impulso y sus directrices (Bellinghausen, 2005; Bartra, 2005). De hecho, la actual etapa no estuvo exenta de ciertas prácticas verticalistas, propias de la cultura política mexicana cimentadas durante las largas décadas de partido de Estado, tanto del EZLN como de otros grupos y organizaciones que forman la *otra campaña*.

El problema es que esa dependencia a la palabra y acciones del EZLN en muchos casos no es generada por los zapatistas, sino que se encuentra férreamente arraigada en los demás. Resulta sumamente ilustrativa la pregunta que se hacía, en 2005, la investigadora y militante Raquel Gutiérrez, antes de que comenzara el recorrido de la *otra campaña*:

El EZLN sabe los pasos que quiere dar en el marco de ‘la otra campaña’ y me parecen lúcidos y útiles. La salida del Subcomandante Insurgente Marcos en enero próximo y su recorrido por todo el territorio mexicano, visitando a quienes están en resistencia y lucha para escucharlos y hablar con ellos es una excelente idea... ¿Los demás adheridos a la Sexta y a La Otra Campaña qué hacemos mientras tanto? (Gutiérrez, 2005: 324).

Con matices u otras palabras, esa pregunta se ha reflejado en varios de los comentarios y discusiones planteados por los participantes de

la *otra campaña*. Por ejemplo, en las discusiones surgidas en “El Otro Seminario”¹⁷ se escucharon opiniones de algunas personas en sentido de que estaban esperando qué van a plantear los zapatistas en el Plan Nacional de Lucha, cuando dicho plan está pensado como producto del debate y la construcción colectivos de todos quienes participan de la *otra campaña*¹⁸.

Una de las tensiones que pone en evidencia más claramente el proceso actual es que varios de los elementos del proyecto zapatista quizás “cierran bien en lo discursivo, pero cuesta llevarlos a la práctica y a la construcción concreta” (Intervención de un participante en “El Otro Seminario”, Querétaro, 9 de septiembre de 2007). En esa misma dirección, al mismo tiempo que los participantes de la *otra campaña* plantean la necesidad de contar con procesos organizativos horizontales y respetuosos de la autonomía de los distintos grupos y sus luchas, que permitan coordinar e impulsar acciones concretas conjuntas, reconocen que el “problema no es decirlo sino hacerlo y construir los métodos para ello” (Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2007).

La *otra campaña* fomentó una redefinición del trabajo de muchos grupos, potenciándolo, al abrir un espacio de comunicación, conocimiento, intercambio y articulación con otras experiencias y organizaciones en todo el país muchas de las cuales resultaban poco, o prácticamente, nada conocidas previamente (Entrevista con el colectivo

17 Se trata de una iniciativa del colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, junto a otras organizaciones, como espacio de formación, reflexión, debate, capacitación e intercambio en el marco de la *otra campaña*. Con la participación de una gran cantidad de organizaciones, colectivos, académicos y activistas de distintas partes de México, lleva realizados varios encuentros y talleres sobre diferentes ejes temáticos: funcionamiento del capitalismo (agosto de 2006 en Puebla), movimientos antisistémicos en América Latina (enero de 2007 en Guanajuato), facilitación de consensos (abril de 2007 en el Distrito Federal), Estado y la relación con los movimientos antisistémicos (septiembre de 2007 en Querétaro), horizontalidad en la toma de decisiones (mayo de 2008 en el Distrito Federal), educación popular (agosto de 2008 en el Distrito Federal), comunicación y capacitaciones de las luchas populares (2008 en el Distrito Federal), seguridad y fortalecimiento organizativo (diciembre de 2008 en el Distrito Federal), análisis de la crisis económica, cultural, política, ambiental y social (junio de 2009 en el Distrito Federal), autonomías (septiembre de 2009 en Oaxaca), herramientas para la lucha conjunta (diciembre de 2009).

18 En una de las primeras reuniones de la *otra campaña* justamente se advertía que “en todo momento deben defender que en el espacio de los adherentes de la otra, siempre la palabra de cualquiera se escuche, nos guste o no nos guste lo que va a decir, porque es nuestro compañero. Tenemos que aprender a hacer esa diferencia. No estamos aquí porque simpaticemos [...] lo que nos está uniendo es otra causa, pues. Y en este caso, lo hermoso de este reto es que la causa no está definida. Tenemos que hacerla nosotros. *Ya no lo que diga el EZLN*” (Palabras del Subcomandante Marcos en la *Asamblea Plenaria Región Altos de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 2 de enero de 2006; énfasis propio).

Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, septiembre de 2007). Aprovechando la legitimidad y consiguiente convocatoria del EZLN, la *otra campaña* dio un significativo impulso para la convergencia y la conformación de redes entre los diversos grupos y organizaciones, que hubieran sido mucho más difíciles de promover desde esos mismos grupos por separado. La imagen de *punte* tan recurrente en la producción discursiva del movimiento zapatista vuelve a aparecer como metáfora para pensar la fase actual: “El EZLN puede ser el puente interno, ya no para que el resto del país o del mundo conozca a las comunidades indígenas, sino para que el resto del país o del mundo se conozca a sí mismo, abajo, por donde está” (Subcomandante Marcos, 2007: 70). Si bien a nivel nacional todavía no se cuenta con una estructura organizativa fuerte entre las organizaciones y personas que forman parte de la *otra campaña*, en ámbitos más reducidos, algunos colectivos y grupos han atravesado el puente, encontrándose por donde están, organizando actividades y proyectos conjuntos y generando espacios de reflexión, incluso sin la presencia o iniciativa directa del EZLN.

Si bien los zapatistas son quienes lanzaron la iniciativa, la dinámica va más allá de ellos, a partir del esfuerzo –muchas veces silencioso– de todos los grupos, organizaciones y personas que adhirieron a la “Sexta Declaración” y participan del proceso. Tal vez una de las mayores fortalezas de la *otra campaña* sea el énfasis dado al trabajo, con o sin los zapatistas, “en el nivel local, con nuestros propios medios. Sobre todo evaluarnos, criticarnos, mirarnos al espejo y preguntarnos lo que somos, lo que sabemos hacer, lo que estamos haciendo, lo que llevamos hecho, lo que podemos hacer más adelante, fijar objetivos, pues” (Rojo, 2006). Trabajo que, si bien está anclado en el ámbito local, tiene que pensarse y realizarse articulado con el resto del movimiento zapatista.

ALGUNOS DESAFÍOS DE LA LUCHA ZAPATISTA

La etapa actual del movimiento zapatista a partir de las propuestas autonómicas en las comunidades en Chiapas y el proceso de la *otra campaña* plantea una serie de debates, problemáticas y transformaciones sumamente significativas para pensar al propio zapatismo, pero también puede servir de ejercicio para reflexionar sobre otras luchas y realidades.

Las nuevas iniciativas buscan resolver algunas tensiones en el proyecto político zapatista, mostrando más claramente un distanciamiento del modelo tradicional de organización política, al desplazar las luchas dirigidas al Estado y al sistema político hacia formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y que se orientan más bien a modificar matrices culturales, formas de sociabilidad así como de pensar y hacer política. En un contexto como el mexicano, marcado

por una cultura política profundamente paternalista, jerárquica y estatal, la emergencia de propuestas y prácticas que buscan la construcción de autonomía, la horizontalidad y la multiplicidad representa un importante cambio cultural.

De la crítica del Estado, se ha ido avanzando y profundizando en la construcción de relaciones sociales, formas de funcionamiento e instituciones que buscan romper con el monopolio y la centralidad estatal en la (re)organización de la sociedad. Esto no implica negar o desconocer la relevancia del Estado. Ese tipo de lecturas, más que resolver los dilemas que se encuentran implicados en torno a la cuestión estatal, pueden correr el riesgo de ignorarlos y, por lo tanto, no percibir y contrarrestar las múltiples estrategias y recursos que tiene el Estado para desarticular los procesos organizativos. Por el contrario, se trata de poner en el centro del debate las relaciones, tensiones y resistencias frente al Estado. De hecho, el mismo movimiento zapatista muestra, en su interior, una heterogeneidad de posiciones en relación al mismo: desde las comunidades zapatistas en Chiapas que tienen como principio no aceptar ningún apoyo de parte de las distintas dependencias estatales¹⁹, a grupos, colectivos y organizaciones –generalmente urbanos– que forman el movimiento y que reconocen que en algunos casos tienen relación con el Estado, ya sea a través de subsidios, programas sociales o reconocimiento legal. El proceso autonómico construido en las comunidades chiapanecas no es fácilmente trasladable a los espacios urbanos, donde todavía sigue siendo más bien una pregunta, ya que resulta sumamente complejo construir totalmente por fuera del Estado (Varios participantes en “El Otro Seminario”, Querétaro, septiembre de 2007).

A su vez, subyace a la “Sexta Declaración” y a la *otra campaña* la importancia por consolidar la propia fuerza, resaltando la necesidad de romper la fragmentación y el aislamiento de las diversas luchas y grupos, incluyendo al propio EZLN y las experiencias autonómicas en Chiapas, que podrían correr el riesgo de ser acorralados por la represión militar y paramilitar. Como lo reconocieron los zapatistas reiteradas veces durante la *otra campaña*: “no podemos solos”. De ahí la convocatoria a juntarse con otros grupos, organizaciones y personas. Pero no se trata tan sólo de unir fuerzas, sino, además, de complementarse, de aprender de los otros, de las diversas experiencias. Con el propósito de poder ir superando tensiones que muchas veces no pueden ser resueltas desde la lógica interna y avanzar, así, en sus propias luchas a partir de la relación con otros.

19 Aunque, como mencionamos, las comunidades indígenas zapatistas tampoco están totalmente al margen del Estado, con situaciones que van del enfrentamiento en algunos casos a la convivencia en otros.

El reto, ciertamente complejo, resulta en cómo efectivamente acompañar, articular y complementar, como parte de la resistencia y de la construcción de alternativas, los múltiples proyectos concretos que, en cada situación particular, se oponen a las relaciones de dominación existentes. En esta cuestión subyace, quizás, uno de los más grandes desafíos que enfrenta actualmente el movimiento zapatista, justamente al tratar de llevar a la práctica su proyecto político. Como advierten los propios zapatistas en la “Sexta Declaración”, y otros colectivos y personas en la *otra campaña*, el problema no está tanto en decir, sino en hacer, en llevar a cabo el proyecto político zapatista en las prácticas y la construcción concretas.

Asimismo, otro de los desafíos a los que se enfrenta, no sólo el movimiento zapatista sino cualquier lucha que busque un cambio profundo a través de la construcción de autonomía, es visibilizar y contrarrestar las relaciones de poder que se generan continuamente en las interacciones sociales, incluso hacia adentro de los propios movimientos y organizaciones populares. Desde esta perspectiva, el proceso debe concebirse como una construcción permanente por transformar las relaciones de dependencia y subordinación en las cuales nos encontramos inmersos y que muy a menudo (re)producimos, aunque sea inconscientemente. En consecuencia, resulta imprescindible reflexionar, revisar y criticar sobre las propias prácticas, como lo muestra la experiencia zapatista y como fue la intención del presente trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adamovsky, Ezequiel 2009 “Problemas de la política autónoma: pensando el pasaje de lo social a lo político” en Hoetmer, Raphael (coord.) *Repensar la política desde América Latina. Cultura, Estado y movimientos sociales* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marco).
- Álvarez, Sonia; Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo 2000 “O cultural e o político nos movimentos sociais latino-americanos” en *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos. Novas leituras* (Belo Horizonte: UFMG).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1987 *México profundo. Una civilización negada* (México: Grijalbo).
- Brancaleone, Cassio 2009 “A experiência de autogoverno zapatista em questão”. Ponencia presentada en el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (Buenos Aires), septiembre.
- Burguete, Araceli 2002 “Procesos de autonomía de facto en Chiapas. Nuevas jurisdicciones y gobiernos paralelos en rebeldía” en

- Hernández, Rosalva Aída; Mattiace, Shannan y Rus, Jan (eds.) *Tierra, libertad y autonomía: impactos regionales del zapatismo en Chiapas* (México: CIESAS).
- Burguete, Araceli 2005 “Una década de autonomías de facto en Chiapas (1994-2004): los límites” en Dávalos, Pablo (coord.) *Pueblos indígenas, estado y democracia* (Buenos Aires: CLACSO).
- CAPISE 2007 “Cara de guerra: Un Ejército Federal Mexicano, unos Pueblos Indígenas, un Territorio” en <<http://enlinea.capise.org.mx/node/39>> acceso 20 de marzo de 2008.
- Ceceña, Ana Esther 2001 “El dictamen del Senado, a favor del Plan Puebla Panamá y no de los derechos indígenas” en <<http://www.ezln.org>> acceso 28 de agosto de 2001.
- Ceceña, Ana Esther 2008 *Derivas del mundo en el que caben todos los mundos* (México: CLACSO/Siglo XXI).
- De la Rosa, Isabel 2006 “¿Qué es el zapatismo? La construcción de un imaginario rebelde (1994-2001)” en *El Cotidiano* (México: UAM), Año/Vol. 21, N° 137, mayo-junio.
- Díaz-Polanco, Héctor 1997 *La rebelión zapatista y la autonomía* (México: Siglo XXI).
- Díaz-Polanco, Héctor 2006 “Caracoles: la autonomía regional zapatista” en *El Cotidiano* (México: UAM), Año/Vol. 21, N° 137, mayo-junio.
- Diez, Juan 2009a *Una revolución que haga posible la revolución. Las transformaciones del proyecto político zapatista a partir de la Sexta Declaración* (La Plata: Al Margen).
- Diez, Juan 2009b “Dilemas y desafíos de la nueva fase del movimiento zapatista” en *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico* (Murcia), Vol. 3, N° 1, enero.
- Diez, Juan 2011 “El zapatismo es un verbo que se escribe en gerundio. Las rearticulaciones e interacciones al interior del movimiento zapatista” en *A contracorriente* (Raleigh: NCSU), Vol. 8, N° 2, invierno.
- EZLN 2011 en <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx>> acceso 19 de diciembre de 2011.
- Estrada Saavedra, Marco 2007 *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las Cañadas tojolabales de la Selva Lacandona (1930-2005)* (México: El Colegio de México).
- González Casanova, Pablo 2006 “El zapatismo y el problema de lo nuevo en la historia” en *Contrahistorias* (México), N° 6.
- Gutiérrez, Raquel 2005 “Tres interrogantes sobre la Sexta y la Otra campaña” en Colectivo Situaciones *Bienvenidos a la Selva*.

- Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Harvey, Neil 2000 *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia* (México: Era).
- Hernández, Rosalva Aída; Mattiace, Shannan y Rus, Jan (eds.) 2002 *Tierra, libertad y autonomía: impactos regionales del zapatismo en Chiapas* (México: CIESAS).
- Hernández Navarro, Luis 2005 “Zapatismo: entre el Estado y la autonomía” en Colectivo Situaciones *Bienvenidos a la selva: diálogos a partir de la sexta declaración del EZLN* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Hernández Navarro, Luis 2000 “Zapatismo: La interacción del color” en *El Cotidiano* (México: UAM), Vol. 16, N° 100, marzo-abril.
- Hernández Navarro, Luis 1998 “Ciudadanos iguales, ciudadanos diferentes” en Hernández Navarro, Luis y Vera Herrera, Raúl (eds.) *Acuerdos de San Andrés* (México: Era).
- Holloway, John 2006 *Contra y más allá del capital* (Buenos Aires: Herramienta).
- Jóvenes en Resistencia Alternativa 2007 “Sobre la estructura de la otra campaña en el DF”. Ponencia presentada en las *Jornadas por la libertad de las y los presos políticos*, México, mayo.
- Le Bot, Yvon 1997 *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista* (México: Plaza & Janés).
- Leyva, Xóchitl 1999 “De las Cañadas a Europa: niveles, actores y discursos del nuevo movimiento zapatista (1994-1997)” en *Desacatos* (México: CIESAS), N° 1.
- Leyva, Xóchitl y Sonnleitner, Willibald 2000 “¿Qué es el neozapatismo?” en *Espiral* (México), Vol. VI, N° 17, enero-abril.
- López y Rivas, Gilberto 2006 “Imágenes distorsionadas de la otra campaña” en *La Jornada* (México).
- Martínez Espinoza, Manuel 2007 “Democracia en rebeldía: Las Juntas de Buen Gobierno del movimiento zapatista”. Ponencia presentada en el *V Congreso Europeo CEISAL de Latinoamericanistas*, Bruselas.
- Melucci, Alberto 1999 “Teoría de la acción colectiva” en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (México: El Colegio de México).
- Montemayor, Carlos 2005 “Autonomía: principio y antagonismo en la lucha indígena” en Colectivo Situaciones *Bienvenidos a la selva: diálogos a partir de la sexta declaración del EZLN* (Buenos Aires: Tinta Limón).

- Muñoz Ramírez, Gloria 2004 *EZLN: el fuego y la palabra* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Nash, June 2006 *Visiones mayas. El problema de la autonomía en la era de la globalización* (Buenos Aires: Antropofagia).
- Ornelas, Raúl 2004 “La autonomía como eje de la resistencia zapatista. Del levantamiento armado al nacimiento de los Caracoles” en Ceceña, Ana Esther (comp.) *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Pineda, Enrique 2005 “Tres bifurcaciones para entender al zapatismo” en *Contracultural* (Buenos Aires).
- Pitarch, Pedro 1998 “Zapatistas. De la revolución a la política de la identidad” en *América Latina Hoy* (Salamanca), N° 19, julio.
- Rojo, C. 2006 “¿Qué pasa con la Otra Campaña?” en <<http://zapateando2.wordpress.com/2006/08/25/%c2%bfque-pasa-con-la-otra-campana/>> acceso 17 de marzo de 2008.
- Rovira, Guiomar 2005 “El zapatismo y la red transnacional” en *Razón y Palabra* (México), N° 47, octubre-noviembre.
- Rovira, Guiomar 2009 *Zapatismo sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo* (México: Era).
- Subcomandante Marcos 2007 “Balance de la Otra campaña (diciembre de 2006)” entrevista de Raymundo Reynoso en *Contrahistorias* (México), N° 8, marzo-agosto.
- Van der Haar, Gemma 2005 “El movimiento zapatista en Chiapas. Dimensiones de su lucha” en *Labor Again* (Ámsterdam).
- Volpi, Jorge 2004 *La guerra y las palabras. Una historia del alzamiento zapatista de 1994* (Barcelona: Seix Barral).
- Wallerstein, Immanuel 2006 “La Otra campaña en perspectiva histórica” en *Contrahistorias* (México), N° 6.
- Zermeño, Sergio 2001 *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo* (México: Siglo XXI).
- Zibechi, Raúl 2002 “Poder y representación: ese estado que llevamos adentro” en *Chiapas* (México: Era), N° 13.